

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 16 despues de Pentecostés.

*Et respondens Jesús dixit
ad legisperitos et Phariseos:
Si licet sabbato curare?*

LUC, XIV, 3.

Y Jesús dirigiendo la palabra à los doctores de la ley, y à los fariseos, les dijo: Si es licito curar en Sabado?

Jesucristo es la verdad el camino y la vida. Su doctrina es la verdad, el camino su ley y su gracia es la vida. La accion maravillosa de la doctrina, de la ley y de la gracia sobre las inteligencias y los corazones se traduce en obras de santidad, de justicia, de pureza, y en frutos de vida eterna. El Evangelio es el libro de Dios, escrito para comunicarse con el hombre; es su Verbo, su Palabra eterna, su Hijo hecho hombre para enseñar al hombre la verdad y el camino, y para co-

municarle su misma vida acá en la tierra por los dones de su gracia, y allá en el cielo por los dones de su gloria. A donde quiera que vaya Jesús, irán con él la luz, la gracia y la vida. Un dia fué convidado por uno de los principales fariseos à comer pan en su casa y era Sábado. Habia doctores de la ley y fariseos entre los convidados, y ellos le estaban acechando. Y hé aquí un hombre hidrópico estaba delante de él. Como Jesús penetraba los pensamientos é intenciones de los legisperitos y fariseos, dirigiéndoles la palabra, hízoles esta pregunta: ¿Es licito curar en Sábado? Más ellos callaron. Jesús entonces tomó al hidrópico, le sanó y le despidió, Y volviendo à dirigirles su palabra, les dijo: ¿Quién de vosotros si ve á su asno ó su buey caido en una fosa, no le sa-

ca luego en día de Sábado? Más ellos no podían replicar á estas razones. Observando también cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa les propuso esta parábola, y dijo: Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro más digno que tú, y que venga el dueño del convite, y te diga: Da lugar á este: y que entonces tengas que sufrir la vergüenza de ocupar el último lugar. Más cuando fueres llamado á un convite, ve, y sientate en el último puesto: para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieron contigo en la mesa. Porque todo aquel que se ensalza, humillado será; y el que se humilla será ensalzado.

Tal es la preciosa letra del Evangelio que voy á exponer, con la mira de recomendar la fiel observancia de la doctrina de Jesucristo sobre la santificación de las fiestas y la excelencia de la humildad cristiana.

Comienza su relato el Evangelista San Lucas, diciéndonos que Jesús entró un sábado en casa de uno de los principales fariseos á comer pan. Admiramos la dignación soberana del Hijo de Dios

que con entrañas de misericordia descendió de los esplendores del cielo á la triste mansión de los hombres para iluminarnos con los apacibles rayos de su maravillosa doctrina y encaminar nuestros pasos á la régia morada de la eterna paz. El que tiene por palacio los cielos, por trono el universo y por manto la luz, no tiene habitación en la tierra, ni almohada donde reclinar su cabeza. El rico por excelencia se hace pobre y el que provee de alimento á todos los seres vive de limosna. Así reprende nuestra insaciable avaricia, nuestro desordenado egoísmo, y la culpable sensualidad que nos domina, que degrada nuestro espíritu, endurece nuestro corazón y nos hace mirar con tedio, y hasta con desden la grandeza de nuestros inmortales destinos. Así condena prácticamente con todo el tenor de su vida pobre y mortificada nuestra desmedida afición al lujo, á las comodidades y deleites. Así ennoblece y ensalza la pobreza, las privaciones y escaseces, las angustias y tribulaciones aceptadas con humildad y sufridas por su amor, ofreciendo palmas y coronas á los pobres de espíritu, á los limpios de corazón, á los que lloran, y á los que van como él perseguidos y mor-

tificados. Y notad que Jesús nos dá tan bellos ejemplos en día de sábado recomendando la santificación de los días festivos con la sobriedad, la templanza y la práctica de las obras de misericordia. Entró en la casa del fariseo á comer el pan en día de sábado que era la fiesta semanal de los judíos. *Comer el pan* es frase familiar entre los hebreos para significar todo lo que sustenta. Entró pues á comer pan en casa del fariseo el que es el pan vivo descendido del cielo, y nos alimenta no solo con el pan de su doctrina sino con su preciosa sangre, enseñándonos con su ejemplo que si es lícito asistir en los días festivos á los convites honestos y moderados, no lo es, antes bien repugna á la recta razón, á la prudencia cristiana y á la santidad de las fiestas celebrar banquetes donde reina el desorden y los convidados se entregan á todos los excesos de la gula. Así vemos que los días santos se convierten en días de embriaguez, y de escándolo; se bebe el pecado como agua, se dá rienda suelta á las pasiones, se desborda la inmoralidad, se muestran erguidas la soberbia, la inmodestia, la deshonestidad y toda clase de licencias, oyesse en las calles y plazas la palabra soez, torpe y

sacrilega, y resuena en todas partes el bárbaro eco de la impiedad y de la blasfemia contra Dios, contra la Virgen, contra los Santos, contra lo más sagrado é inviolable que existe en los cielos y en la tierra. Pues bien: apremia la necesidad de salir por la gloria de Dios, por la honra de la Religión, por los fueros de la santidad, por la observancia de los días festivos, por el cumplimiento de las leyes divinas y eclesiásticas, por la salvación de los pueblos y de las almas que provocan los rigores de la justicia divina con tan graves desórdenes, y se precipitan en el mal á impulsó de la soberbia, de la avaricia, de la impureza y de todas las concupiscencias. El mundo está hidrópico, y á punto de morir á causa de la fiebre que devora sus entrañas. Se ha hecho general esta gravísima enfermedad, la hidropesía cunde como el cáncer, y sus extragos son horribles. Hidropesía de honores, hidropesía de riquezas, hidropesía de goces, hidropesía de diversiones y espectáculos, hidropesía de ser, y de tener, de lucir y de gozar, hé aquí la fiebre que nos abrasa, la sed que consume nuestra vida, y nos arrastra á la perdición. *Et ecce homo quidam hydrópicus erat ante illum.* El hidrópico

se abrasa de sed, y cuanto más bebe, tanto más se abrasa, porque el agua se convierte en fuego que devora sus entrañas. Esta enfermedad tiene de suyo condición deletérea y cruel. Atormenta al paciente con un suplicio más horrible que el de Tántalo, inflama todo su cuerpo, desfigura su semblante, afea la hermosura, enerva las fuerzas, entorpece los movimientos, y hace triste la vida sobre la tierra. ¿No veis en el hidrópico que estaba delante de Jesucristo la imagen fiel y el vivo retrato del avaro, del ambicioso, del lascivo y de cuantos viven entregados á sus pasiones? El avaro no se sácia de dinero. *Avarus non implebitur pecunia* (1). El soberbio se hincha con el viento de la fortuna, y crece el tumor de su soberbia á medida que se eleva sobre los demás. El lujurioso jamás se satisface, y cuanto mas bebe en la copa del placer carnal, mayor es la sed que le atormenta, porque esta pasión infame es insaciable; destruye hasta los gérmenes de las virtudes y devora hasta los Hércules. ¿Quién puede contar las almas, víctimas hoy de estas pasiones tiránicas, triunfantes en toda la tierra? ¿Quién tiene virtud para curar

á tantos hidrópicos del alma como tenemos delante, pidiendo curación? Levantad los ojos de la tierra donde no hay mas que vanidad de vanidades y aflicción de espíritu, y fijad vuestra mirada en Jesucristo que fué ayer, es hoy, y será siempre poderoso en obras y palabras, Salvador y Redentor, médico afamado venido del cielo á curar las dolencias de la tierra. Contempladle en casa de Fariseo, rodeado de enemigos que espían sus acciones y movimientos para ver si faltaba á alguno de sus ritos y observancias.

Estaba allí un hidrópico, y ¡el Salvador que penetraba las intenciones y pensamientos de sus enemigos, les dice: Es lícito curar en sábado? Solia el Salvador elegir los sábados para enseñar y curar y esto por dos motivos; primero porque siendo día de fiesta era mayor el concurso de gentes que iban á escuchar sus discursos y á recibir la curación de sus dolencias, y segundo ¡porque de esta manera lograba que todos aprendiesen á santificar la fiesta del Señor, con la instrucción y las obras de caridad y misericordia.

Pero los Fariseos interpretando malamente la ley, decían que Jesús violaba el día del sábado cu-

(1) Eecl., V.

rando á los enfermos. Semejante interpretacion era inspirada por la envidia, pues no podian sufrir las ardientes simpatías del pueblo en favor de Jesucristo, y la fama universal que el Salvador se habia conquistado con sus virtudes y milagros.

Por eso les pregunta: ¿Es lícito curar en sábado? Y todos callaron pero conociendo Jesús sus malos pensamientos, demuestra que es lícito curar en Sábado con obras y palabras. Toma al hidrópico, lo sana, y les dice: ¿Quién hay de vosotros que viendo su asno, ó su buey caído en un pozo no lo saque luego en día de Sábado? No solo es lícito sino obligatorio hacer obras de caridad con el prójimo en día de fiesta, y lejos de oponerse á su observancia el que las ejecuta en los días santos, las santifica y se santifica á sí mismo y rinde á Dios el culto más agradable que es el de la piedad y misericordia. *Misericordiam volo, et non sacrificium.*

Después de estas explicaciones que exige el respeto, la observancia y la santificación de las fiestas, réstame inculcar la doctrina evangélica acerca de la humildad, excelente virtud que nos enseña la manera de presentarnos en las concurrencias y festines, y el camino para alcanzar

la verdadera dicha. No busqueis los primeros asientos, y menos trateis de ocuparlos como por asalto.

Porque será menester dejar el puesto malamente ocupado y vendrá sobre vosotros la pesadumbre del bochorno. No aspireis á ser más, á tener mas, á brillar más que vuestro prójimo por espíritu de orgullo y quizá por medios ilícitos, porque está escrito: El que se ensalza, será humillado y el que se humilla, será ensalzado.

Esta divina sentencia se cumple muchas veces en esta vida, y se cumplirá irremisiblemente en la otra. Acontece alguna vez, no siempre, que los soberbios prosperan, se ven honrados, y ensalzados en la vida presente. Pero creedme: no son felices en medio de sus prosperidades; no llenan el corazón que no se llena de honras y de provechos. Al fin vendrá la muerte y después de la muerte el juicio, y entonces será ensalzado el que sufrió humillación en esta vida y humillados los que se elevaron en alas de la soberbia contra la ley de Dios y la humildad de sus hermanos.

Sed humildes, modestos, discretos, y misericordiosos con vuestros hermanos. Guardad las

fiestas y santificadlas, honrando á Dios, practicando la virtud, buscando la medicina de vuestra alma en los Sacramentos, y atesorando para el cielo donde la humildad ha de verse ensalzada, premiadas todas las buenas obras y laureados todos los merecimientos con gloria inmarcesible y eterna, Amén.



IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

(Conclusion.)

Quiero, entendedlo bien, quiero que durante ocho dias consecutivos cada noche antes de acostaros penseis en lo que acabo de deciros aquí, y que luego pronuncies estas palabras: *Moriré; pero me burlo de eso. Despues de mi muerte seré juzgado; pero me burlo de eso. Despues del juicio seré condenado y condenado eternamente; pero me burlo de eso.* Esta es la reparacion que exijo de vos. ¿Me dais vuestra palabra de honor que lo cumplireis?

El pobre penitente, como zorra cegida, no se atrevió á rehusar. Dió su palabra de honor de hacer lo que se le pedia y el sacerdote le dijo entonces:

—Id, pues, caballero; desde el fondo de mi corazon os perdono y prometo no olvidaros delante de Dios.

Cediendo á un sentimiento de honor y de lealtad, el militar habia cumplido la penitencia impuesta.... No se habia resistido á ella. Y dos dias despues, trocado y lleno su corazon de un sincero arrepentimiento, habia vuelto *de veras* al confe-

sionario á que dos dias antes se habia aproximado *de broma*. Despues ha sido un excelente cristiano.

Si fuésemos prudentes, pensariamos todos cada dia en la brevedad de la vida y en lo inmutable de la eternidad que nos espera, y no tardariamos en llegar á ser tan buenos cristianos como aquel jóven oficial.

Mons Segur.

AVENTURA FELIZ.

La Revue de la Presse, sin duda por la enseñanza útil que encierra y por lo chistoso del caso, refiere esta aventura del abate Cochin, venerable fundador del hospicio para mendigos de París, que lleva su nombre.

El abate, que descendia de una ilustre familia, desde jóven se hizo notar por su piedad extraordinaria y por sus inagotables sentimientos caritativos.

Estando en el seminario de San Sulpicio, recibia de su padre, antiguo consejero de Estado, un doble luis para sus gastos mensuales, y el seminarista Cochin, tan pronto como recibia aquellos auxilios pecuniarios, los convertia en moneda menuda para repartirla entre los necesitados.

Como éstos eran muchos y la bondad del seminarista Cochin, sin límites, sucedia siempre que á mediados de mes no poseia ya ni un céntimo.

Nuestro honrado personaje era tan conocido de los pobres del barrio, que sabian tan bien como él, ó quizás mejor, cual era su estado económico. Por tanto, cuando llegaba la segunda quincena de

cada mes, los mendigos le dejaban pasar sin tender una mano importuna, y si alguno mas desconocedor de lo que siempre ocurría, acometía al buen Cochín para que éste registrase sus bolsillos protectores, el abate se quitaba humildemente el sombrero para demostrar que no era poseedor de ninguna clase de moneda.

Algunos otros le seguían, y cuando veían la señal del sombrero, solían decir:

—Está bien, está bien, Sr. Cochín.....

¡Dios os bendiga....! Venimos solamente por el gusto de veros.

Un día, 25 del mes, al salir del Seminario, se le acercó una pobre madre de familia á quien Cochín distinguía bastante con su caridad.

Era preciso ciertamente que una causa muy imperiosa, dadas las costumbres del bondadoso futuro abate, y hábida en cuenta la fecha desfavorable que se presentaba, la obligara á acudir solicitando una limosna que el caritativo jóven no podía dar nunca despues del día 15.

Así, pues, en el instante en que el escolar salía con el júbilo propio de sus pocos años, le dijo:

—¡Por piedad, mi buen señor Cochín, socorredme!

El jóven, visiblemente conmovido, pero fiel á sus costumbres, la saludó profundamente quitándose el sombrero.

—¡Oh, no, no! ¡Escuchadme dijo la desventurada madre, estamos sin recurso alguno, mi marido no tiene trabajo, nuestros hijos están enfermos de sarampion y desde hace dos dias no comemos ninguno, porque no hay ni un céntimo en casa.

Cochín se detuvo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Dios mío! dijo retorciéndose las manos, ¿qué hacer? Señora, aseguro á V. que no llevo conmigo nada, sino, ¿tendría yo corazon para resistir á vuestra súplica?

—¡Ah, sé yo tan bien como V. que estamos á fines del mes! replicó la buena mujer presa de exaltacion especial. ¿Pero esto qué importa? ¿No sois un santo, tan santo como los del cielo? Pues por eso estoy segura, añadió sonriendo, á pesar de sus lágrimas, que si quisierais registrar vuestros bolsillos, Dios pondría en ellos alguna cosa para el socorro de mi desgracia!

Algo impaciente el jóven por la insistencia, y para demostrar de una manera pronta que sus bolsillos estaban vacíos, metió las manos en ellos, para sacar los forros fuera; pero ¡oh milagro! apenas introdujo la mano en el de la derecha, se oyó un sonido metálico, y con gran sorpresa de Cochín, salieron entre los dedos tres flamantes piezas de seis libras.

No vaciló ni un segundo en darlas á la pobre mujer.

Esta no parecía extrañarse del prodigio, pues dijo á su protector dirigiéndole una mirada que parecía reprocharle su falta de fé:

¿Lo vé V.?

Llena de agradecimiento y de inefable alegría, desapareció aquella infeliz madre enseguida.

Entretanto el buen Cochín, no parecía muy tranquilo por el don que le había sido conferido de hacer milagros, y lleno

su espíritu de turbación, en vez de dirigirse á casa de sus padres, fuese con apresuramiento á la iglesia de San Sulpicio, y en la Capilla de la Virgen pasó el resto del día orando en acción de gracias por tamaña divina gracia.

Después, siempre sumiso en profundas reflexiones, se encaminó al Seminario, y al entrar su compañero de celda, le dice:

—Amigo mío, tendrás que convenir, en que en un día como el de hoy me has puesto en gran aprieto: has tomado mi pantalón por el tuyo y como no tenemos igual estatura me ha sido imposible salir con el que tú dejaste.

—¡Cómo es eso! replicó Cochin con una emoción igual á la que le hubiera producido caer en aquel momento desde las nubes. ¡Yo he cogido tu pantalón!

—Como te lo digo, y prueba de ello es que habrá en el bolsillo de la derecha diez y ocho francos en tres magníficos escudos de seis libras nuevecitos.

¡Júzguese cuanto no sería el desaliento del pobre Cochin!

Pero obrando con resolución y con lealtad, contó humildemente á sus camaradas los detalles de lo ocurrido.

La aventura se divulgó rápidamente por el barrio, y el anónimo consejero de Estado hizo venir á su lado al seminarista para decirle:

—Jacobo, á contar desde el mes próximo duplico tu pensión, para que al menos cuando tengas la fantasía de *hacer milagros*, la tengas con dinero propio.

El joven, colorado como una cereza, dió las gracias al autor de sus días.

Siendo más tarde cura de Saint Jacques du Hant-Pas, el buen abate la re-

fería muy agradablemente á todo el mundo.

HIMNO.

«Ya el Sol del Verbo divino
Baja del seno del Padre,
Para en el seno materno
De María tomar carne.

Quedando virgen intacta,
Y con más gracia que antes,
En grado más eminente
Por el *fiat* de las paces.

Ya los Angeles se pasman
De ver una unión tan grande,
Y admirados le dan gracias,
Al hacedor que tal hace.

Ya los astros y planetas,
Con otra faz y señales,
Demuestran la feliz dicha
Perdida por nuestros padres.

Ya María se alegra
Con unión tan inefable,
Al verse Madre de Dios,
Hija del Eterno Padre,
Y de su Espíritu Esposa.

¡Oh dichosa y feliz Madre!
Ruega, Virgen, por nosotros
En este tan triste valle,
Para que seamos dignos
De ver á Dios y gozarle.»

